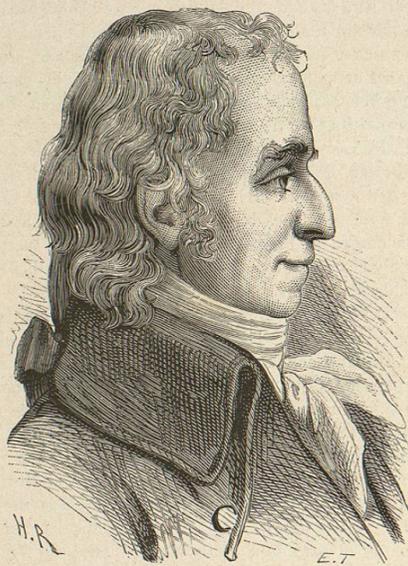


pleto la guerra contra Francia y le indujeron á firmar la paz de Basilea (5 de abril de 1795).

Inmediatamente se vió con cuánto acierto había juzgado su situación. Los archivos rusos (1) nos demuestran que Thugut aplazaba intencionadamente de mes en mes la comunicación del tratado á la corte prusiana y que la paz de Basilea hizo imposible guardar por mas tiempo el secreto sobre el particular. Thugut, creyendo que el rey de Prusia había firmado esta paz únicamente para poder dirigir todas sus fuerzas contra el Austria, dió orden de que marcharan hácia las fronteras de Polonia y hácia Bohemia los ejércitos austriacos y pidió á la emperatriz que retardara nuevamente la comunicación del tratado, por la razon de que Rusia y Austria no se



Lecoindre de Versailles

habían puesto todavía de acuerdo sobre el plan de guerra que había de seguirse contra Prusia en el caso de que esta nación se decidiera á romper las hostilidades. El conde Rasumowsky procuró desvanecer estos temores del ministro, haciendo ver que no era de esperar que Federico Guillermo II desplegara la misma energía que había mostrado Federico el Grande. A pesar de todo, concedióse el aplazamiento solicitado; y solo en 2 de agosto recibieron Alopens y el príncipe de Reuss las órdenes en virtud de las cuales fué por fin presentado el tratado en Berlin.

Si en la corte de Berlin hubiera prevalecido la opinion que tanto temía Thugut, á la paz de Prusia con Francia hubiera seguido la guerra ofensiva contra el Austria que Thugut esperaba y aun deseaba, contando como contaba con el poderoso auxilio de Rusia. En vez de esto, se vió muy claramente cuán equivocada era aquella opinion. La funesta confusion que no hubiera existido sin el odio ciego que Thugut tenía á la Prusia, desapareció con una sola plumada de Federico Guillermo, el cual en 15 de agosto de 1795 dirigió á la emperatriz de Rusia una carta autógrafa en la que se declaraba dispuesto á aceptar el arreglo concertado en 3 de enero y á reanudar, en San Petersburgo, sobre las bases en el mismo

(1) Todo lo que sigue está tomado de las narraciones que con los documentos publicó Martens, II, pág. 261.

sentadas, las negociaciones relativas á la cuestion polaca. Al mismo tiempo, solicitaba de la emperatriz Catalina que se encargara de representar los intereses del Austria; y añadia que debía considerarse como una prueba de la sinceridad de sus designios el hecho de consentir en ceder los distritos de Cracovia y Sandomir, con tal que se le dejara una parte del primero, de la cual no podía desprenderse pues la necesitaba para proteger la Silesia prusiana.

Muy extrañas eran las opiniones que, en Viena, se oponían á una inteligencia. El día 8 de agosto Thugut había manifestado al embajador austriaco en San Petersburgo, conde Luis Cobenzl, que la única concesion que podía hacerse al rey de Prusia era cederle á Praga y sus alrededores, mediante las tres condiciones siguientes: 1.^a que renunciara en absoluto á la voivodía de Cracovia y Sandomir; 2.^a que se contentara con la cesion de una pequeña parte de Masovia, cuyos límites se fijarian con exactitud; 3.^a que se obligara, bajo la garantía de Rusia, á no hacer nada en la guerra contra Francia y á retirar sus tropas de los territorios del imperio. Por último, esperaba el emperador que la emperatriz, en vista de estas pruebas de «magnanimidad», enviaria, una vez resuelta la cuestion polaca, un cuerpo auxiliar de 40,000 rusos al Rhin para operar contra los franceses. En estas comunicaciones se descubre el error en que estaba Thugut, cuando en plena guerra con los franceses maltrataba al soberano del único ejército aliado con que podía contar, de tal suerte que Federico Guillermo creyó que su deber y su dignidad, si no su propia conservacion, estaban interesados en que ya que no hiciera desde luego la guerra al Austria, por lo menos abandonara la lucha contra Francia. Aquel ministro contaba con un ejército auxiliar ruso que inutilizara á los prusianos en el Vístula y los reemplazara en el Rhin, con lo cual probó que desconocia por completo la política de Catalina, cuyo verdadero plan era atizar á los demás para que hicieran la guerra á Francia y abstenerse de tomar parte en ella. Thugut seguía alimentando las mismas ilusiones, á pesar de los desengaños que le proporcionaba Catalina con lo que decía y aun mas con lo que permitía que se hiciera. A fuerza de grandes trabajos consiguió Catalina que en 24 de octubre de 1795 (2) vinieran temporalmente á un acuerdo el Austria y la Prusia, acuerdo en el cual nada se determinó acerca de la fijacion de las fronteras prusiana y austriaca en la voivodía de Cracovia. Hasta que la emperatriz se resolvió á dictar una sentencia arbitral sobre este particular, esforzóse Thugut por demostrar que Prusia «era el enemigo tradicional de las dos cortes imperiales y que la política prusiana había debido en todos los tiempos y ocasiones el éxito de sus planes ambiciosos de conquista única y exclusivamente á la violacion de los principios mas fundamentales de la equidad y de la buena fe (3).»

Thugut estuvo siempre, en la cuestion de la guerra contra Francia, en frente del partido de la paz, que dirigian los mas próximos deudos del emperador, y declaró solemnemente al embajador ruso que aun cuando este consiguiera inducir al emperador á la paz, su mano nunca firmaría un documento tan ignominioso (4). El ministro austriaco seguía confiando firmemente en que Rusia acabaría por tomar parte en la guerra, y cuando la emperatriz, en agosto de 1796, le dió la esperanza de que enviaria un ejército auxiliar al Rhin, su júbilo no tuvo límites y creyó que el emperador de Austria ya no tenía que temer las hostilidades de los príncipes alemanes, los cuales, en cuanto Rusia y Austria se dieran la mano,

(2) Martens, II, pág. 266-271.

(3) Thugut á Cobenzl, 14 de marzo de 1796, en Martens, II, pág. 272.

(4) Despacho de Rasumowsky, de 30 de julio de 1796, en Martens, II, pág. 274.

se verian obligados á abandonar á Prusia y á someterse á la voluntad de las dos cortes imperiales. El deseo mas ardiente de Thugut era que los rusos, durante su permanencia en Alemania, pudiesen devastarlo todo, segun costumbre rusa, «sin perdonar á nadie y procediendo á su antojo,» para castigar severamente por todas sus maldades á «las potencias alemanas,» es decir, á Prusia en primer lugar (1). La muerte de Catalina, acaecida en 6 de noviembre de 1796, y la declaracion del czar Pablo, mandando suspender la marcha del ejército auxiliar, fueron para él dos golpes terribles. Estas noticias habían sido comunicadas en 23 de noviembre al conde Cobenzl, el cual apeló, aunque en vano, á toda su elocuencia para evitar tan funesto cambio de política. Poseemos las observaciones marginales que el emperador puso á su nota de 23 de noviembre (2). Al margen del párrafo en que el embajador instaba para que Rusia mantuviera en las fronteras de Austria un poderoso ejército auxiliar, para que pudiera, en caso necesario, prestar los oportunos socorros, escribió el emperador: «Yo no consiento que se me prescriba lo que tengo que hacer.» Al lado de otro párrafo de Cobenzl, en el cual se decía que con esta conducta probaria el emperador al mundo entero cuán caros le eran los intereses de la coalicion, escribió el emperador: «Yo diré lo que los intereses exigen que se le diga.» Por último, á la exigencia de Cobenzl de que se dejara á Prusia á un lado y se le impidiera tomar parte en la guerra, contestó el emperador: «Yo diré lo que á mis intereses convenga.»

En enero de 1797 quedó definitivamente terminada la cuestion polaca. Despues que en 25 de noviembre de 1796 el rey Estanislao hubo formulado por escrito su abdicacion, firmóse (26 de enero de 1797) en San Petersburgo el tratado sobre las fronteras austriaca y prusiana por la parte de Cracovia, y al propio tiempo los representantes de las tres potencias suscribieron, con el carácter de «artículo separado y secreto,» las siguientes declaraciones:

«Reconocida por las dos cortes imperiales y por S. M. el rey de Prusia la necesidad de destruir todo lo que pueda despertar el recuerdo del extinguido reino de Polonia, las altas potencias firmantes del tratado se han reunido y obligado á no consentir en sus títulos respectivos la denominacion genérica de Reino de Polonia, que desde ahora y para siempre debe ser suprimida. En cambio les será permitido usar los títulos especiales que les corresponden como soberanos de las distintas provincias sometidas á su respectiva soberanía (3).»

CAPITULO III

LOS THERMIDORIANOS, LA PAZ DE BASILEA Y EL DIRECTORIO

Robespierre no comprendió cuán íntimamente quedaba ligado, como legislador de las ejecuciones en masa, con los encargados de ejecutarlas, pues de lo contrario ó no hubiera roto con ellos ó hubiera roto mucho antes, pero nunca hubiera puesto libremente en sus manos la espada de la ley del 22 prairial. Por otra parte, los conjurados vencedores del 9 thermidor no sospecharon que con Robespierre no habían destruido á un hombre sino todo un sistema y que este sistema era el suyo propio. El mismo Louchet, que con su proposicion para prender á Robespierre rompió el hielo en la sesion del 9 thermidor, decía en 19 de agosto (4) con

(1) Memoria de Rasumowsky, de 2 de octubre de 1796. Martens, II, página 275.

(2) Martens, II, pág. 283.

(3) Martens, II, págs. 303-304.

(4) *Hist. parl.*, XXXVI, pág. 33.

entera calma que entonces mas que nunca era preciso revertirse de la armadura de aquel implacable rigor que el «previsor y profundo Marat» no cesaba de aconsejar á la Convencion. «Mostrar compasion, decía, por la suerte de los antiguos privilegiados es un crimen; castigarles es un deber. El rayo de la Revolucion no debe descansar hasta que la aristocracia quede pulverizada, aniquilada. Penetrados de la magnitud de los peligros que amenazan á la libertad pública y de la necesidad de destruir cuanto antes la fuente de nuestros desórdenes interiores, convencéos de que no existe para ello mas recurso que mantener el terror al órden del día.» «¡Justicia, justicia!» tales fueron las aclamaciones que en todos los ámbitos del salon resonaron al ser pronunciadas aquellas



Carrier

palabras, y en la explosion de descontento que interrumpió al espantado orador, manifestóse una opinion que no toleraba aquel lenguaje una vez borrado el terror de los ánimos. Solo algunos días despues, en 29 de agosto, atrevióse Lecoindre de Versailles á leer en plena Convencion, á presencia de Billaud-Varennes, Collot d'Herbois y Barrere, de la comision de Salvacion pública, y de Vadier, Amar, Vouland y David, de la de Seguridad, una lista de sus crímenes, que demostraba su abominable furor y sus carnicerías (5) durante las seis semanas en que Robespierre les confió el tribunal revolucionario y la guillotina. Lecoindre descubrió una multitud de pormenores tan horribles como auténticos. Entonces fueron presentados como asesinos que realmente eran en grande escala, no quedándoles ya el recurso de hacer pesar sus propias culpas sobre los hombros del difunto Robespierre. Pero trascurrió mas tiempo de lo que creyó la posteridad desde que de las palabras y manifestaciones de esta clase se pasó á los hechos, y aun el mérito de quererlos y decretarlos no correspondió á aquel parlamento, por completo envilecido. Háse querido atribuir la rebelion de la Convencion contra su señor y dueño Robespierre á aquel desesperado valor que el exceso de indignacion moral puede despertar aun en el hombre mas débil; pero el curso mismo

(5) *Hist. parl.*, XXXVI, págs. 51-55.

de los sucesos nos demuestra cuán equivocados están los que así opinan. La causa de la caída de Robespierre, el 9 thermidor, ni fué una causa noble; no fué mas que la alianza que en su comun temor formaron la perversidad de los asesinos, á quienes ahogaba ya la sangre, y la astucia de los miedosos y aterrorizados. Desde entonces la Convencion nada hizo que tuviera siquiera la apariencia de un renacimiento moral: así se demostró, con espanto de todos los hombres honrados que en ello habian soñado, cuando la Convencion, en 12 de setiembre, es decir, con plena libertad y sin presion alguna del exterior, tomó el acuerdo de preparar una apoteosis de Marat, el amigo del pueblo, el abominable predicador de asesinatos, y formó, el día 21 de setiembre, con toda pompa, detrás del carro fúnebre que conducía al Panteon los «preciosos restos» de aquel miserable. En la descripción de la fiesta, que publicó el *Monitor* el día 25 de setiembre, se leía: «En el momento en que se descendió del carro el sarcófago que contenía las cenizas del amigo del pueblo, fueron sacados, por una puerta lateral, del templo de los grandes hombres, los restos impuros del realista Mirabeau (1).» Marat era el ídolo del jacobinismo que seguía dominando: su busto adornaba la Convencion y se veía en todos los teatros, cafés y locales de seccion. La Convencion habia, con su apoteosis, decretado que en lo sucesivo el culto idólatra de Marat fuera la religion oficial de la República: con ello se lanzaba á todos los enemigos de una república de aquella especie una palabra que mas tarde ó mas temprano habia de hacer nacer fuerzas inflamables, pues como los asesinatos en masa no respetaban clase, edad ni sexo, color ni partido, el grito de venganza contra los asesinos, de repulsion y horror contra sus fetiches y símbolos, no fué el grito de guerra de un sólo partido sino el clamor natural de la conciencia nacional, que al fin despertaba de su letargo.

Durante el período del terror habia crecido una joven generacion que, en pocos meses, habia visto mucho mas que otras generaciones en muchos años y aun en muchas décadas. Para la juventud de un pueblo culto, la alegría del alma constituye un idealismo, y este idealismo se manifiesta por un amor ó por un odio apasionados. No todos los sistemas políticos están justificados y tienen condiciones de viabilidad cuando cuentan con el apoyo de la juventud; pero, en cambio, puede considerarse como irremisiblemente perdido todo lo que se ha atraído la unanimidad de su odio. A todo régimen de efusion de sangre no se le hace justicia hasta que de los restos de aquellos á quienes da muerte surge una generacion de sangrientos vengadores; y hubiera sido un hecho contrario á las leyes de la naturaleza que en el ánimo de los hermanos, hijos y nietos de los millares de seres á quienes la república de asesinos habia proscrito, encarcelado, robado y asesinado, no se hubiese sobrepuesto á todo otro pensamiento la idea del derecho y del deber de tomar una sangrienta venganza.

A la fuerza que tal sentimiento infunde se unia otra cosa que en tales tiempos constituye el mas estimado privilegio de la juventud: la idea de libertarse de toda mancha política. Entre los hombres de la Convencion, de la prensa y del club todo quedaba paralizado ante la conciencia del crimen cometido, consentido ó aprobado; de suerte que cuando en esta esfera querian imponerse el impulso de la exhortacion ó la fuerza de los buenos sentimientos, uno y otra quedaban sofocados por el horror que inspiraba el recuerdo del propio pasado. Pero la mas dolorosa de las cadenas que pueden reducir á un hombre al silencio ó á la inercia no pesaba sobre

(1) *Hist. parl.*, XXXVI, pág. 113.

aquella juventud, la cual, si poseía lo que se llama un pasado, podia envanecerse de tener el mas noble que imaginarse puede, á saber: el haber servido en el ejército en defensa de la patria.

Recordemos la distribucion del trabajo creada por la ley de 1793 sobre el servicio general (2): lo mas selecto de la juventud de la Francia acomodada, las mejores fuerzas de la poblacion urbana y rural combatian contra el enemigo de la patria, al paso que los descamisados formaban el gran contingente del club de los jacobinos, que permanecía en sus casas y que en los comités, tribunales y ejércitos revolucionarios buscaba la salvacion de la patria en la persecucion de la nobleza y del clero, en la prision de los sospechosos y en la muerte de los traidores. Los jóvenes de la primera leva, que en agosto de 1793 habian empuñado las armas y que habian regresado en agosto de 1794, formaban el tronco del cual salía aquel cuerpo vigoroso que se iba constituyendo con la juventud de la burguesía de Paris. De esta juventud vengábase el jacobinismo, que á pesar de sus puñetazos, estocadas y latigazos tocaba á su término, del modo que es costumbre en tales casos, es decir, colmándola de nombres injuriosos y ridiculizándola en caricaturas; y la posteridad ha hecho muy mal en admitir en la historia la denominacion sarcástica de «juventud dorada (3),» que inventada por sus enemigos comenzó á usarse caprichosamente en 1824. Es, pues, preciso restablecer en su verdadero carácter la imagen de la juventud de aquella época, apelando para ello á los datos contemporáneos que nos proporcionan observadores imparciales. Acerca de ella escribia un alemán desde Paris, á principios de 1795: «La urbanidad y la invencible alegría francesas vuelven á mostrarse en todas partes. Los franceses siguen siendo un pueblo cantante; pero sus jóvenes se han hecho prematuramente hombres por la fuerza de las circunstancias. Cierta sencillez exterior, el mas soberano desprecio hácia la mezquina frivolidad, la afición á las ocupaciones y conversaciones serias, un lenguaje enérgico, una gran circunspeccion en los juicios, y un color florido de rostro, consecuencia natural del cambio de vida, son los rasgos característicos de la mayor parte de estos jóvenes de las clases ilustradas que aquí he podido conocer durante estos últimos tiempos y que se notan especialmente entre los que han regresado del ejército. Por lo que en ellos he visto y de sus labios he oido, creo que la permanencia de sus compañeros de armas en el interior de Francia, una vez firmada la paz, será mas bien una garantía que un obstáculo á la tranquilidad. Acostumbrados á la disciplina republicana, no perderán en el suelo patrio el noble carácter que han sabido conservar en extranjerios territorios. Por regla general, son jóvenes dotados de cierta educacion y de algunos bienes: los que pertenecen á una clase dependiente y poco ó nada culta se han quedado en el país para servir en los ejércitos, secciones y comités revolucionarios. Esto explica por qué la noticia de la caída de Robespierre fué acogida con júbilo en los ejércitos (4).» Esta descripción no corresponde á la imagen que se forman involuntariamente los lectores al ver los nombres satíricos (*muscadins* y *petits maitres*, moscateles, petimetres) con que la prensa política enemiga designaba á los «jóvenes de Paris.»

Estos motes, el primero de los cuales es debido probable-

(2) Véase mas arriba.

(3) Véanse las pruebas convincentes en Adolfo Schmidt: *Situación de Paris durante la época revolucionaria, 1789-1800*.—Jena, 1874, I, página 173.

(4) *La Francia en el año 1795. De las cartas de los alemanes de Paris. Con pruebas. La vérité, rien que la vérité, toute la vérité*.—Altona, 1795, I, pág. 17.

mente á Marat, no podian aplicarse propiamente á nadie en un principio, y despues solo eran aplicables á unos pocos; pero el hecho que con ellos se proponia estigmatizar era cierto. Los «jóvenes de Paris,» que hacían en todos los terrenos la guerra al jacobinismo, habian jurado hacer desaparecer aun el traje de los jacobinos: en vez de los pantalones largos (1), usaban los calzones cortos (*culottes*) del tiempo antiguo; en vez de la gorra llevaban sombrero, y en vez de ostentar desnudo el cuello, adornábanlo con la corbata. Otro detalle que les caracterizaba era el largo y fuerte baston de nudos, sin el cual no se presentaba nunca en público el petimetre; llevaba además peluca empolvada y con trenza, en vez de llevar el cabello cortado al rape. El peinado á la víctima (2) daba á conocer á los que habian perdido en la guillotina algun miembro de su familia.

El punto de reunion de los jóvenes de Paris era el mismo Palais-Royal, en donde cinco años antes se habian reunido los primeros anarquistas, y que á la sazón se llamaba Palacio de la Igualdad, y en sus cafés de la Canonière (antes de Chartres), de Foi, Valois é Italiano se juntaba un público de muy distinto carácter. La mision del club de los «jóvenes de Paris» consistía en presentarse, hablar y obrar en todas partes donde hasta entonces se habian presentado, hablado y obrado los jacobinos, y hacer, aunque en sentido contrario, allí donde se presentaban, en plazas y calles, en cafés y teatros, en reuniones de seccion y sobre todo en las tribunas de la Convencion, lo que habian hecho los jacobinos. A las pocas semanas de manifestarse tan decidida y unánime aquella hermandad consiguió ejercer fabulosa influencia, sin tener que apelar á violencia alguna y solo por el hecho de moverse siempre con audacia y nunca con temor (3). La purificacion del tribunal revolucionario, la libertad de los sospechosos, la disolucion de las comisiones populares, la reorganizacion de las de Salvacion pública y de Seguridad, de donde fueron expulsados Barrere, Billaud, Collot, y los mismos Tallien y Freron, todo esto habia sido pedido en alta y fuerte voz antes de que la Convencion, no sin resistirse á ello, lo concediera. Obra de sus puños y de sus bastones fué la invasion del local que ocupaba el club de los jacobinos, cuya disolucion tuvo la Convencion que decretar en la noche del 11 al 12 de noviembre, «por razones de tranquilidad y de orden.» A su presion infatigable vióse obligada á ceder la Convencion cuando dispuso la supresion de este club en otro tiempo omnipotente y la prision del asesino de Nantes, del canibal Carrier, que fué juzgado y ejecutado, y cuando acordó que Barrere, Billaud y Collot fueran procesados por un tribunal especial. Pero su primer triunfo de decisiva importancia fué la destrucción del culto idólatrico que se profesaba á Marat. El día 21 de enero de 1795 el club de los jóvenes, en union de algunos centenares de «hermanos del arrabal Antonio,» celebró una gran fiesta para injuriar y hacer burla de *San Marat*; en el terrero de los jacobinos quemóse un espantajo que lo representaba y cuyas cenizas, encerradas en un vaso de noche, fueron arrojadas á la cloaca Montmartre, destinada á «panteon» de todos los hombres sanguinarios. Al día siguiente, varios grupos, compuestos de cien jóvenes cada uno, se dedicaron á destruir los bustos de Marat, rom-

piendo en los teatros, en los cafés y en los locales de seccion los bustos de yeso del amigo del pueblo, cuyos restos fueron á parar tambien á la cloaca Montmartre. Este acto produjo tal impresion, que el *Monitor* se atrevió por fin á reconocer públicamente en él (5 de febrero) «la expresion de la venganza de la opinion pública» y á celebrar que la misma comision de Seguridad ordenara la desaparicion de los bustos de Marat de los teatros que todavía los conservaban y que la Convencion, cediendo á las exigencias del club de los jóvenes, quitara los referidos bustos de su salon de sesiones y prohibiera en absoluto su reposicion. Cuando, con gran júbilo del pueblo de Paris, fueron sacadas del Panteon las cenizas de Marat, y cuando el día 9 de febrero se comenzó á demoler el monumento que en memoria suya se habia elevado en la plaza del Carrousel, pudo considerarse completamente dominada la peste del abominable culto de Marat. En aquellos días de lucha y de victoria, se escribió la famosa cancion: *Reveil du peuple*, que fué arrojada en 30 de enero de 1795 á la escena del teatro de la República por miembros del club de jóvenes á manera de «papel contra los jacobinos» y que fué recitada por el actor Talma. El autor de aquella cancion era el joven escritor Souriguieres, y la música con que se cantó desde el 10 de febrero fué composicion de un artista del teatro Feydeau llamado Gaveaux (4). Por su texto y estructura puede llamarse «la Marsellesa de la venganza sangrienta contra los terroristas y asesinos.» La impresion que producía cada vez que se cantaba era extraordinaria. Otro joven escritor, llamado Martainville, que se habia distinguido en el club de los jóvenes por la audacia y actividad que desplegó en la destrucción de los bustos de Marat, escribió un *vaudeville* con el objeto de poder flagelar al jacobinismo en la escena. El título del *vaudeville* era: *El concierto de la calle Feydeau*, y contenía coplas llenas de gracia y de indignacion, de odio y de desprecio contra el jacobinismo y los jacobinos. Una de ellas arrancaba especial aprobacion, pues en ella se decia que para representar al monstruo de la devastacion no era ya preciso apelar en Francia á los colores de la retórica, porque habia una palabra que lo comprendía todo: «Tirano, ladron, asesino, todo esto se expresa con una sola palabra, y esta palabra es: jacobino (5).»

(4) Letra y música están consignadas en la *Francia en 1795*, I, página 192. La letra dice así:

LE RÉVEIL DU PEUPLE CONTRE LES TERRORISTES.

Peuple français, peuple de frères,—Peux-tu voir sans frémir d'horreur
Le crime arbore les bannières—Du carnage et de la terreur?
Tu souffres qu'une horde atroce—Et d'assassins et de brigands
Souille par son souffle féroc—Le territoire des vivants.

Quelle est cette lenteur barbare?—Hâte-toi Peuple souverain;
De rendre aux monstres du Ténare—Tous ces buveurs de sang humain,
Guerre à tous les agents du crime!—Poursuivons-les jusqu'au trépas;
Partagez l'horreur qui m'anime,—Ils ne nous échapperont pas.

Ah! qu'ils périssent ces infâmes—Et ces égorgeurs dévorants,
Qui portent au fond de leurs âmes—Le crime et l'amour des tyrans!
Mânes plaintifs de l'innocence,—Apaisez-vous dans vos tombeaux;
Le jour tardif de la vengeance—Fait enfin pâlir vos bourreaux.

Voyez déjà comme ils frémissent;—Ils n'osent fuir, les scélérats...
Les traces du sang qu'ils vomissent—Décéleront bientôt leurs pas:
Oui, nous jurons sur votre tombe,—Par notre pays malheureux
De ne faire qu'une hécatombe—De ces cannibales affreux.

Représentants d'un peuple juste,—O vous Législateurs humains!
De qui la contenance auguste—Fait trembler nos vils assassins,
Suivez le cours de votre gloire;—Vos noms chers à l'humanité,
Volent au temple de mémoire,—Au sein de l'immortalité.

(5) Schmidt, I, pág. 274.

(1) El que traduce la palabra *sansculottes* por «sin pantalones» da pruebas de la mas crasa ignorancia. Los que no llevaban los jacobinos eran los calzones hasta las rodillas, que hoy ya no se usan; pero llevaban, y consiguieron que se hicieran de moda, los que hoy conocemos con el nombre comun de pantalones.

(2) Consistía en llevar el pelo muy corto por detrás, muy levantado por delante sobre la frente y por los lados muy largo y caido, como orejas de perro (*aux oreilles de chiens*). Schmidt, obra citada, página 259.

(3) Acerca de todo esto véase á Schmidt, I, pág. 221.